EL AVIA Y EL MIÑO

Episodio de la Guerra de la Independencia

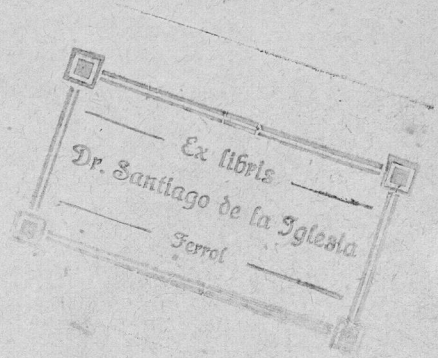
POR

E. FEIJÓO DE MENDOZA

LUGO
Tip. de G. Castro, Palacio 10
1890.

~~A.R. 1931~~
R. 12. 135

EL AVIA Y EL MIÑO



AR. H312

R-60-090

Al Sr. D. Anselmo González Serrano

A ti, que me has hecho volver escribir, después de tantos años de abandono, y que me has despertado de mi sueño de apatía, dedico esta pequeña obrita, y con ella el cariño de tu esposa.

La Autora.

PRIMERA PARTE

UNA TRAICIÓN POR CELOS

CAPÍTULO I.

La familia del Sr. de Ameijeiro

Estamos en 1810, cuando la grandiosa epopeya de nuestra independencia y en su período algido. España dió entonces una lección de constancia y de patriotismo á las demás naciones, y le demostró: que ella más pequeña y atrasada que ninguna; sabía resistir al conquistador del siglo XIX. No tengo para que hacer relación histórica de esta

guerra de gigantes. ¿Quién no la conoce? Lo que si voy á narrar es uno de sus episodios; que es completamente desconocido para la mayor parte de las personas.

Nos hallamos en Galicia, en la provincia de Orense, y en uno de sus más deliciosos sitios.

Entre la ribera del Avia y el Miño: rodeada de viñas y de árboles, se levanta la villa de Ribadavia. Sus blancas casas se destacan entre las altas y verdes montañas, y las rías Avia y Miño la fertilizan, dándole un tono de alegría y de belleza sin igual.

A la falda del Avia, cerca de la llamada Peña del fraile, se levanta la suntuosa morada, casa palacio de los señores de Amoeiro; uno de los nobles más ricos de Ribadavia; pariente cercano de sus Condes, y de los que tienen más influencia, entre las riberas de Avia y Miño.

La casa es grande, cómoda y rodeada de huertas y viñas.

Está edificada en un alto, y domina el valle, rodeada de una fuerte muralla, con

almenas en donde hay cañones, y con un aire de fortaleza y de defensa, que parece un Castillo; por eso la llaman *La Casa fuerte de Amoeiro*. El Jefe de ella es D. Mariano Filgueira de Amoeiro, guerrillero de los más valientes, y que ha consagrado su hacienda y su vida á la causa de la independencia.

Viudo y con una sola hija, lamenta no tener media docena de varones que ofrecer á la pátria. Sin embargo; todo lo valiente y decidida que puede ser una mujer, lo es su hija. Lucila, hermosa doncella de 20 años; que como una verdadera heroína, no la asustan ni el fuego ni las balas.

Amoeiro también tiene un sobrino llamado Eduardo, á quien ama como á un hijo; por serlo de un hermano suyo, modesto sábio, que hace años ha muerto en el estranjero. Gran suerte, segun el bravo guerrillero; pues es preferible haber muerto, que ver á su pátria esclava.

Eduardo ha seguido la misma carrera que su padre, médico.

Es una verdadera notabilidad, que se

oculta, como otros muchos, en los hermosos valles de Galicia.

Modesto y caballero, al oir el primer grito de guerra de su tio, corrió á reunirse á él, y cambió sus libros por la lanza y la carabina del guerrillero.

D. Mariano no habría querido que su sobrino lo siguiese, sinó que se quedase en la casa fuerte, para defender á sus hijas, y digo á sus hijas, por que además de Lucila, tenía una huérfana recogida, á la que había adoptado.

Milagro era hija de un amigo de Amoeiro, que muriera en la pobreza, por haberse entregado al ruinoso vicio del juego, y sin la caridad del noble caballero, tendría que haber ido á una casa de beneficencia. Le debía todo lo que era, pues apenas hacía distinción entre ella y Lucila.

Milagro contaba 25 años y sinó era tan bella como Lucila, tampoco carecía de encantos y sin embargo no tenía simpatías.

Los jóvenes huían de ella, y no era por que fuese pobre; pues se sabía que el rico

Sr. de Amoeiro, la había dotado en doce mil duros; que entregaría al que fuese su esposo, el mismo día de la boda.

¿En qué consistía esta indiferencia que inspiraba la jóven?

¡Misterios de la humanidad, que no se esplican; pero existen!

Lucila, por el contrario, era querida de cuantos la conocían, hombres y mugeres rodeándola una atmósfera de amor y de simpatía, por donde quiera que iba. En las dos riberas de Avia y Miño era la reina; y desde Ribadavia á Orense, no había más que elogios para la hija del Sr. de Amoeiro.

Se necesitaba ser un angel para no sentir una sorda envidia, al hacer comparaciones de lo adorada que era su hermana, y lo desdeñada que estaba ella; y Milagro distaba mucho de ser un angel.

Había nacido con malas pasiones; que tal vez una madre con su amorosa firmeza hubiese corregido; pero que para un hombre pasaban desconocidas.

Milagro tenía talento, conocía su posi-

ción y se doblegaba á las circunstancias; pero fermentando en su corazón una feroz envidia contra Lucila, que más tarde, debía convertirse en odio.

Disimulada por naturaleza, lo fué cada vez más por cálculo, hasta hacerse una hipócrita, tanto más temible, cuántas más eran sus apariencias de bondad.

La generosa Lucila, bien ignorante, que alimentaba en su seno una serpiente, se lamentaba de la mala fortuna de su hermana adoptiva, y había querido cederla muchos de los apasionados que la asediaban; pero nada podía hacer, por que la simpatía y el amor no se imponen.

Milagro, que comprendía su nobleza y su cariño, luchaba con su envidia; pero ésta podía más que ella y la vencía.

Apesar de esto, el drama que estamos desarrollando no habría tenido lugar, sino viniesen á juntarse á la envidia, el ódio y los celos.

Lucila y Eduardo, su primo, se amaban,

con un primer amor fresco y puro, como las auras de la primavera.

Debían ser esposos en cuanto se tranquilizase España; pues ya tenían la dispensa que anulaba su parentesco; pero la heróica joven no quería impedir á su prometido que cumpliese sus deberes de buen español, y prefirió esperar.

Milagro, que había vivido indiferente á la presencia de los demás hombres: sintió por Eduardo una pasión tan vehemente, cuanto era contenida; y tal vez le amó más, por que le amaba Lucila, y por que era un imposible para ella el ser jamás correspondida.

Ni Eduardo ni Lucila se apercibieron de esta pasión, y de los celos rabiosos y desesperados que sentía Milagro; que hubiese dado su alma al demonio por separar á los dos novios.

El demonio se presentó en la persona de un capitán francés que había conocido á la hermosa Lucila en Orense y se había enamorado locamente de ella.

D. Mariano y Eduardo venían pocas ve-

ces á la casa, pues cerca de Orense estaban dando mucho que hacer á los franceses; pero ésta estaba bien defendida por fieles y antíguos servidores.

Además: en la actualidad, Ribadavia era de los Españoles; por esos altos y bajos que tenía aquella guerra, y Filgueira y Eduardo eran esperados en la casa fuerte.

CAPÍTULO II.

El Padre y el Novio.

Son las nueve de la mañana de un hermoso día de Septiembre, y en la casa fuerte de Amoeiro todo es agitación y alegría.

Desde las seis, Lucila y Milagro están ya levantadas vigilándolo todo, pues las dos sienten el mayor placer con la llegada de los ausentes.

Después, impacientes y nerviosas, no dejan de asomarse á cada momento al alto balcón de piedra que domina el camino.

¡Que vista tan encantadora se descubre desde él! A la izquierda, la confluencia del

Avia y del Miño, que unidos corren magestuosos por entre las altísimas y peladas montañas, que parecen llegar al azul del cielo, y en frente, las viñas y las huertas llenas de verdor; tras de ellas las torres de las iglesias, dando á la modesta villa un aspecto de grandeza.

La huerta de la casa de Amoeiro, es grande y bien cuidada y desde la puerta de la fuerte muralla que la defiende, tiene una hermosa calle de cipreses, hasta llegar á la de la casa; estos cipreses centenarios, son el orgullo de la familia, pues representan su antigüedad y su nobleza.

Las jóvenes, mal humoradas, al ver que no llegan los viajeros, dejan el balcón y entran en la gran sala, cubiertas las paredes de roble tallado, con muebles de la misma madera, tiene un aspecto de sombría grandeza. Las sillas y los canapés de antiguo y usado cuero de Córdoba, son el estremo del lujo de aquella época.

Milagro está de pié, apoyada en una me-

sa de piés torneados y con un trabajo de pájaros y de flores que vale un dineral. Lucila se deja caer disgustada en un alto sillón y apoya los brazos en él.

¡Cuán hermosas, cuán espléndidamente bellas son las dos, aún que con tipos distintos!

Lucila, alta, esbelta, sin ser delgada, blanca como la azucena, y con un color tan delicadamente sonrosado, que apenas se apercibe.

Sus ojos son negros, negrísimos y con brillo extraordinario, velados por larguísimas pestañas, que la llegan á las mejillas; los cabellos negros y ondeados, rodean una frente altiva y dominadora, verdadera frente de emperatriz ó de heroina; pero nada tan seductor como su boca, de lábios encarnados, sonrientes, y que en algunos momentos se plegan altivos y desdeñosos.

Lucila es hermosa, muy bella, pero además de eso emana de su persona una gracia especial, que solo á ella pertenece. Conmue-

ve el alma y el corazón, y todo el que la vé se siente atraido por su encanto.

Viste un rico traje de raso negro; y joyas de valor adornan su cuello y sus orejas.

Milagro es bajita, sonrosada y con cabellos rubios, con ese rubio cobrizo que pueden dar á un semblante gran belleza ó repulsión, según las líneas de éste y el color de los ojos; éstos son grises y con el brillo metálico del acero, teniendo en algunos momentos una dureza que repele, cúbrense en otros de una melancolía, que les dá dulzura hipócrita pero que no puede engañar á séres dotados de esa doble vista que enseña el estudio de la humanidad.

Al ver á Milagro con su belleza felina; pues tiene algo de la gata ó de la pantera; se dice mirando sus ojos duros y su boca de lábios delgados y pálidos.

¡No me gusta esta linda joven! ¿Por qué? No me lo sé esplicar, más no me agrada ni me es simpática?

Esto era lo que le sucedía á Milagro con

todo el mundo, por que indudablemente la belleza moral, supera á la física, y asi hemos visto mugeres feas, con muchas simpatías, y muchos enamorados, y hermosas, pasar desapercibidas, y hasta desdeñadas.

Apesar de la riqueza de los de Amoeiro, y á trueque de disgustarlos; vestía la huérfana un pobre traje de hábito carmelita, que jamás se quitaba.

Ruegos de Lucila, regaños de D. Mariano, no habían podido conseguir que se pusiese otro, diciendo con hipócrita humildad, que nada convenía mejor á sus condiciones de pobreza.

—¡Van á ser las diez y no parecen! dijo Lucila con su voz dulce y bien timbrada. ¿Si les habrá ocurrido algún contratiempo?

—No lo creo contestó Milagro con acento meloso, y no debes atormentarte por esa pequeña tardanza.

Las campanadas de un gran reloj de parez; que con calma dió las diez, impidieron que se sintiese ruido de caballos que se acer-

caban, y al sonar la última dos caballeros entraron en el salón.

—¡Padre mio! gritó Lucila, y se arrojó en los brazos del más anciano, de éste pasó á los del joven, que la besó amorosamente en la frente.

¡Eduardo querido! murmuró la doncella.

—¡Lucila mía adorada! le contestó él, y se olvidaron de los demás que estaban allí.

Milagro había palidecido intensamente y un temblor convulsivo la agitaba, hasta el extremo que D. Mariano lo notó.

—¿Qué tienes chiquilla? la dijo abrazándola con tanto cariño como á su hija.

—La alegría de veros, señor, contestó Milagro, dominándose.

—¡Señor, señor! murmuró disgustado el guerrillero. ¿Porqué no me llamas padre como siempre?

—¡Perdón, padre mio! dijo Milagro, haciendo por sonreir, estoy tan turbada con

la alegría de veros sanos y salvos, que no sé lo que me digo.

Era D. Mariano un anciano de 69 años, robusto y fuerte más que muchos jóvenes, pues la vida que llevaba y la energía que tenía le daban un brio sin igual.

Muchos días se andaba sus ocho leguas á pié por montes y breñas, cansándose antes los muchachos que él. Era de la madera que se hacen los centenarios y apenas representaba 50 años.

Eduardo, un gallardo joven de 30, en cuya frente se veía brillar el genio.

Parecía que no le sentaba el uniforme de guerrillero que vestía y que en vez de batirse debiera estar en un gabinete de estudio, con una bata holgada, como los sábios de la antigüedad.

No le agradaba matar hombres y decía que él había venido al mundo para dar la vida y no la muerte; pero español antes que tedo, no había dudado un momento en coger las armas para defender á su pátria.

Valiente y arrojado, sufria con ver la sangre de los demás y no la suya, pues en varias ocasiones de las que había salido herido, había demostrado una gran indiferencia; pero no así hasta con sus enemigos, á quienes al ver caer, curaba cariñosamente, desapareciendo el español y el patriota, para ceder su lugar al hombre y al médico por lo cual era adorado entre los suyos, y muy respetado de los franceses.

Con Lucila asida del talle fué á sentarse en un ancho canapé.

Milagrito, dijo el viejo con alegría, dejemos á estos dos tortolitos que se digan sus secretos, y vamos á ver si me das de almorzar, pues á mi no me alimenta el amor.

También Eduardo querrá tomar algo, murmuró Milagro sordamente.

—¡El! contestó Amoeiro riendo, mírale, y dime si cree, ni aún que eixiste el comer.

—Pero yo debo acordarme de eso, repuso Lucila levantándose.

—¡Lucila, quédate! dijo Eduardo en son de protesta.

—No, ahora á almorzar, y después hablaremos todo lo que quieras.

—Papá, no se enfade V. de mi olvido, y lo besó cariñosamente.

—¡Hechicera! dijo el anciano devolviéndole sus caricias

—¿Qué soy yo aquí? murmuró roncamente Milagro, y mordiéndose los lábios con cólera; pero como si Lucila adivinase lo que pasaba en su corazón, la cogió de un brazo y la dijo cariñosamente.

—¡Vén, hermana mía!

—¡Dispensa, querida Milagro, mi grosería! dijo Eduardo, dándola la mano; al ver á mi Lucila, me olvido del mundo entero.

—¿Y vienen Vds. por muchos días? preguntó Lucila.

—Estaremos quince, en cuanto los chicos se reponen. El General Dumont nos persigue sin tregua, dijo Amceiro con amargura, y

gracias á conocer yo también los atajos, sino hoy caemos en su poder.

—¡Dios mio! gritó Lucila, temblando.

—Ya pasó, repuso Eduardo, alegremente, y no pensemos en eso.

Vamos al comedor, y almorzar, pues tengo un hambre feroz,—dijo el viejo riéndose.

—¡Ven Milagriño!

Y cogiendo á la huérfana del brazo, salió con ella de la sala.

Eduardo le siguió con Lucila.

CAPÍTULO III.

Un voto á la Virgen del Portal

¡Qué hermosa está la tarde en que han llegado el anciano Amoeiro y su sobrino! Corre un leve vientecillo que agita las hojas de las parras, y descubre los ricos racimos de uvas ya próximos á cogerse.

¡Los pájaros cantan en los árboles! ¡las aguas del Miño y del Avia corren mansas, como si fuesen las de un lago! y hasta la sombría peña del fraile, bañada por los últimos rayos del sol, ha perdido su triste aspecto.

El guerrillero Amoeiro, ha ido á con-

ferenciar con los patriotas de la villa, y Eduardo, Lucila y Milagro, charlan alegremente en el salón de roble.

Eduardo está alegre, muy alegre, como el que tras largos días de lucha y de afanes tiene uno de tranquilidad y de dicha.

Lucila, dulcemente melancólica y con velada sonrisa. En ella todo es raro y no común; en tanto que otras mujeres mostrarían una alegría triunfante y ruidosa, ella tiernamente impresionada, apenas habla, y piensa que dar á su amor expansiones públicas, le haría perder su pureza y su dignidad.

Milagro, adusta y sombría, no puede disimular la contrariedad y los celos.

El reloj, que en todos los sucesos de la humanidad permanece tranquilo é inmutable, dando impasible las horas, lo mismo hace muchos siglos, que en la época actual, y que ha presenciado las desgracias y las alegrías de la vida, dió con lenta majestad cinco campanadas.

—¡Tan tarde ya! dijo Eduardo poniéndose

dose en pié, apenas nos queda tiempo de pasear y hacer nuestras oraciones á la Virgen.

¡Vamos, Lucila!

—Cuando quieras, contestó la joven con su voz dulce y armoniosa.

Milagro se levantó también, como si fuese á seguirlos, pero Eduardo la detuvo con un gesto.

—Perdona, Milagriño, la dijo cariñosamente, aún cuando tú nunca nos estorbas, esta tarde quiero pasear solo con Lucila, pues es la primera vez, tras largos meses de ausencia.

La huérfana volvió á caer desplomada en el sillón.

—¡Hasta luego hermana, dijo Lucila besándola afectuosamente!

Y los dos amantes salieron, y Milagro se quedó sola, con sus celos y su odio.

—¡Oh! murmuró roncamente, y rompiendo furiosa el negro encage de la pañoleta que cubría su cuello, ¡cuánto aborrezco á

esa hipócrita, que aparenta quererme, y me está destrozando el corazón!

—¿Y él? ¿No habrá comprendido en tanto tiempo, cuanto le amo, y que su indiferencia va á hacerme mala y hasta perversa?

La desgraciada rompió á llorar de una manera desgarradora, y en tanto Lucila y Eduardo, bien ajenos de la tempestad que se formaba sobre sus cabezas, cruzaban alegres la calle de Cipreses, y se dirigían á las orillas del rio.

Allí se sentaron en la peña del fraile, y asidos de las manos se miraron con ternura.

—¿Y éste es el paseo que íbamos á dar? dijo Lucila sonriendo, para eso no merecía la pena que saliésemos de casa, estábamos mejor en la huerta.

—No; contestó Eduardo besándola en la frente, allí estaba Milagro, que nos miraba curiosa, y como todos los indiferentes. tal vez se riese de nuestros suspiros.

—No creas tal cosa; pues Milagro como

una hermana cariñosa, toma parte en nuestras alegrías.

¡Cuán ciega estaba la confiada y noble Lucila!

—Me alegro; pero estamos mejor solos, contestó Eduardo sonriendo, y también tengo que revelarte un secreto.

—¡Un secreto!

—¿Y papá lo sabe?

—Si, pero quiere ser él quien te dé la buena nueva, más yó me adelanto, aún que se enfade.

—Sepamos, dijo Lucila sonriendo.

—No aquí. Vamos á saludar á la Virgen, y en el átrio de la Capilla te lo diré.

—¿Por qué has escitado mi curiosidad hasta que no lo digas, repuso Lucila enojada, ya sabes que me incomodan los misterios.

—¡Bah, ya te pasará el enfado! dijo Eduardo con malicia.

—Pues mira, no lo tengo, añadió Lucila riendo, y tampoco curiosidad, por lo que vas

á tener que suplicarme que escuche tu secreto.

En el átrio de la Capilla.

¡Vamos! Y cogiéndola de la cintura y casi abrazados por lo estrecho del camino, volvieron á pasar por delante de la casa fuerte, y á la falda del Avia, subieron la cuesta hasta llegar al puente, allí se detuvieron y dirigieron la vista sobre el hermoso panorama que se presentaba ante sus ojos.

Era un verdadero edén.

Blancos caseríos, rodeados de verdor, y á la orilla del río, en la cima de una verde montaña, con ese verde sombrío de los pinos, un pueblo ó aldea, con sus casas agrupadas al rededor de la modesta Iglesia, y léjos, en lontananza, más y más aldeas con sus blancas casitas, frondosos pinos, y el Avia cual cinta de brillante plata, y en el que rielaban los últimos rayos del sol, acabando de dar vida y hermosura á este espléndido paisage.

A la izquierda, la bonita villa de Riba-

dabía en el alto con su Castillo aún en buen estado, y como si fuese un centinela valiente dispuesto á defender á sus hermanas menores las aldeas.

—¡Qué hermoso! ¿Qué lindo es nuestro país adorado, dijo Eduardo con entusiasmo.

—Sí, toda nuestra sangre y mil vidas que tuviésemos, debemos dar por él, contestó Lucila con heróica gravedad,

Y siguieron andando en silencio, cruzaron el puente y entraron en la carretera, llegando á los pocos momentos al modesto santuario.

¡La Virgen del Portal!

¿Quién no se conmueve de los que hayan nacido en Ribadavia al pronunciar este nombre?

Objeto de veneración de la Villa y de todo el Rivero, se levanta la Capilla en un alto, al que se sube por escaleras de piedra y un bonito átrio, que adornan dos llorones y dos cipreses á la entrada.

La rodea una hermosa Alameda de aca—

cias, que esparcen en el tiempo de sus flores un delicioso aroma, y envían sus auras á la Virgen.

La Capilla y la hermosa Virgen con su hijo en brazos, que dirije á los fieles sus celestiales miradas, diciéndoles:

¡A mi lado no se pueden sentir penas.

¡Mortal! olvida las miserias de la vida y sus crueles amarguras, para no pensar más que en las alegrías del cielo.

Lucila y Eduardo, se postraron y oraron con fervor por espacio de un rato, después poniéndose en pié y acercándose aún màs al altar, dijo la doncella con voz solemne:

—Eduardo, ¡ante nuestra bendita Virgen del Portal te juro, no tener otro esposo, y si tu mueres, me consagraré á Dios en un convento!

—Acepto tu juramento, y te hago el mismo, contestó el guerrillero con gravedad; y cruzando sus manos, volvieron á rezar, saliendo á los pocos momentos.

Se sentaron en el átrio, y Eduardo pa-

sando su brazo por el talle de Lucila, dijo amorosamente.

—El secreto, es que mi tio ha resuelto que nos casemos al momento, porque la guerra amenaza durar mucho tiempo.

—¡Como! contestó Lucila sorprendida, ¿Sin hacer ningún preparativo?

—¿Y para qué se necesitan, si tenemos todos los papeles arreglados.

—Triste es estar temiendo por la vida del prometido, pero aún será más doloroso y terrible, temblar por la del esposo, dijo Lucila con amargura.

—Te niegas por ese miedo vida mía?

—No, ¡que se cumpla la voluntad de Dios! —contestó la joven resuelta.

CAPÍTULO IV.

Luchas de la conciencia

Cuando Milagro supo, que era una cosa resuelta el casamieto de Lucila y Eduardo, que iba á celebrarse dentro de unos días, y sin esperar á que se concluyese la guerra, su dolor y su rábia no tuvieron límites.

No ignoraba que estaban prometidos para esposos, pero de eso á enlazarse enseguida, había una gran diferencia.

Pensando siempre que el matrimonio no llegaría á realizarse.

¿Por qué?

Ella misma no lo sabía, pero la esperan-

za, ese consuelo de los desgraciados aelntaba en su alma con fé viva.

Creía que la guerra había de desbaratar aquel aborrecido casamiento.

Que Eduardo se volvería atrás, que Lucila le desdeñaría, en fin hasta que la muerte podría separarlos; todo ménos que llegase á verificarse, y ya no le quedaba la menor duda.

Se estaba haciendo con la mayor presteza los preparativos, y solo faltaban tres días para que se celebrase.

La desgraciada celosa, pasaba las noches sin dormir, llorando y rabiando, y lo que más la desesperaba, era que Eduardo no notaba su demacración, porque ni aún la miraba.

Lucila, sí se apercibió de su palidez y de sus ojeras, y la interrogó dulcemente, pero Milagro la contestó con dureza, que no tenía nada.

La tierna joven redobló su cariño, creyendo que Milagro estaba envidiosa del

amor que demostraba á Eduardo, y la dijo una y otra vez, que aunque se casase, siempre sería su hermana querida.

Ceguedad inaudita, de la que Milagro se reía, con risa diabólica.

¿Que será? que los séres más nobles, lo mejor dotados son siempre los más engañados, y de quienes más se burlan los perversos?

¡Tal vez la grandeza de su alma, demasiado elevada, no les permite fijarse en las miserias de la tierra!

Lucila y Eduardo, eran confiadamente felices, y un gran peligro los amenazaba.

El capitán francés, Mr. Edmundo Riviere, había visto á Lucila en un baile en Orense, y se había enamorado locamente de ella.

Ayudante del General Dumont, dueño á la sazón de la Ciudad y su gobernador, tenía un gran poder en la provincia, y todo el mundo se sugetaba á sus caprichos.

Ribadavia era de los españoles, y no podía ver á Lucila con facilidad, pero poseía

inteligencias en la Ciudad, y Milagro á quien sus celos tenían medio demente, le daba contínuas noticias de su hermana adoptiva.

Esto sin embargo, no satisfacía á Riviere, que deseaba hacerse dueño de Lucila.

Comprendía muy bien, que por voluntad de ella no sería suya, y estaba dispuesto á apelar á la violencia para conseguirla.

En Orense, después del baile, donde contra su voluntad la habían llevado unos parientes, en cuya casa estaba, y que eran afrancesados, Riviere la habló varias veces y le ofreció con entusiasmo su corazón y su mano.

Lucila le rechazó con desdén, pues aún cuando no amase á Eduardo, aborrecía y despreciaba demasiado á los enemigos de su pátria, para enlazarse á ninguno de ellos.

Edmundo Riviere, devoró en silencio, lo que el creía afrenta; pero jurando hacer á Lucila suya, aunque tuviese que recurrir al crímen.

Milagro y él, se entendieron al momento

como luego se comprenden los malvados, pero la huérfana se negó á entregar á Lucila que era lo que deseaba el francés.

Apesar de su ódio, y sus celos luchaba con la conciencia.

Le parecía horrible hacer traición á los que la habían alimentado y amado, y su instinto de española la decía que era despreciable aliarse con un francés, pero Riviere que había comprendido el amor de Milagro por Eduardo, esperaba siempre que al fin lograría de ella, lo que deseaba.

Para hacerle más fácil la traición, mandaba todas las noches á dos hombres de su confianza, que en una barca por el rio Miño, se acercaban á la peña del fraile, y daban y recibían sus recados á Milagro.

La huérfana iba á las altas horas de la noche á aquel siniestro sitio, sin miedo, por que tenía demasiada rábia en el corazón para sentir temor por nada. Sin embargo la conciencia la remordía por su infamia, y luchaba, luchaba para no entregar al fran-

cés la llave de la puertecilla de la muralla, que le haría dueño de la casa fuerte.

CAPÍTULO V.

Un paseo á San Cristobal.

Son las siete de la mañana, Lucila y Eduardo se encuentran en la hermosa Alameda que á orillas del Avia, hay en la aldea de San Cristóbal.

Los pájaros cantan en los frondosos árboles, y entonan su himno de gracias al Creador; corre el leve vientecillo ya fresco de las mañanas de Septiembre, pero que viene impregnado con el aroma de las flores de las huertas vecinas.

El Avia corre dulcemente, y en su limpio

cristal, se retratan las verdes viñas y las altas montañas.

Lucila con inocente coquetería, se mira en el rio como en un espejo, y dice sonrriendo á su novio.

—¡Mira que bonita me hace el agua!—Me gusta más mi figura aquí, que en el espejo del tocador.

Eduardo la contesta con amorosa ternura.—En todas partes estás encantadora vida mía, y eres la muger más hermosa de todo el reino de Galicia.

En efecto, Lucila está bellísima aquella mañana, y la dicha dá á su semblante una aureola celestial.

El sencillo traje de muselina blanca que viste, no adorna su figura, más bien ella realza el vestido, por que hay mugeres que en vez de hermosearlas los trajes y los prendidos, ellas son las que dan importancia á éstos.

Lucila hace parecer con su espléndida hermosura, rica á la modesta muselina, y á

la humilde pañoleta de tul, y sombrero de paja.

Está encantadora con este atavío, y respirando frescura é inocencia en toda su persona.

Eduardo la contempla estasiado.

Nunca le ha parecido tan linda.

—¡Y pensar que dentro de dos días serás mia! murmura con acento amoroso.

—¡Si Dios y la virgen quieren! contestó Lucila con gravedad, en estos tiempos de guerras, apenas se puede contar con el mañana.

—No pienses en cosas tristes, te lo ruego, dijo Eduardo con vehemencia, en este día es de mal agüero.

—Y sin embargo es preciso. ¿Has traido el frasco que te encargué?

—¡Por Dios, Lucila!

—Eduardo, prefiero morir á ser infamada, dijo la joven con calor.

Amor mio ¿Por qué hoy que debías estar

más contenta que nunca, piensas tan lúgubremente?

—No lo sé, contestó Lucila con melancolía, pero como voy á ser tu esposa, debo cuidar más de mi honor que si estuviese soltera.

—¡Qué locura! Si sucediese semejante desgracia, ¡Nunca dudaría de tí!

—¿Y piensas que aparecería en tu presencia? gritó Lucila con fuego.

—Quiero un medio para verme libre del deshonor, del que fueron víctimas tantas nobles mugeres, porque los franceses no respetan nada.

—Lo que me pides es horrible, Lucila.

—¡Que sea yo mismo quien te dé el medio de matarte!

—Eres sábio, y puedes hacerlo sin que sufra al morir. No ignoras que hace tiempo que te estoy pidiendo ese veneno, y hoy que voy á ser tu esposa, no iré al altar sin esa seguridad.

—Pues bien; me niego en absoluto,—dijo Eduardo friamente.

Si hubiese algún malvado que atentase á tu honor por la fuerza, infamaría tu cuerpo, mas no tu alma, porque el alma es inmortal y permanece pura cuando no ha tomado parte la voluntad.

Y el semblante de Eduardo resplandecía de entusiasmo al decir estas palabras, y se veía en él la sublime fé del cristiano.

—¡Gracias por esos nobles pensamientos! —añadió Lucila con cariño;—pero no quiero ser nunca indigna de tí; yo no estoy conforme con esas ideas. Quiero vivir tranquila, sabiendo que tengo en mi mano la muerte antes que la deshonra.

—Me faltan fuerzas para lo que me pides, Lucila.

—¿Quieres que entonces apele al puñal, que me aterra?

—¡Dios mío! estás loca,—dijo Eduardo, temblando.

—¡Míralo! Aquí lo tienes; pero la sangre

me da miedo,—añadió la jóven, sacando de su seno un pequeño puñal, que enseñó á Eduardo.

—Por lo que veo, es una idea fija,—dijo Eduardo temblando.

—¡Sí! mil veces la muerte antes que la vergüerza.

—¿Estás resuelta á hacer uso del puñal si te vieses en un peligro?

—Lo estoy; y me daría la muerte sin vacilar un segundo, á pesar de lo que me aterra la sangre antes de verme sin honra, contestó Lucila con salvaje energía.

—Cúmplase entonces tu deseo,—añadió Eduardo, entregándole un pequeño frasco de plata; seis gotas son bastantes.

Aquí hay lo suficiente para envenenar una ciudad.

—¡Gracias! murmuró Lucila, abrazándolo. Ya nada temo, y tu esposa no será deshonrada.

—Dame esa arma que para nada necesitas ya, dijo Eduardo con autoridad.

Lucila le entregó el puñal y guardó el frasco en el seno.

Eduardo cogió el arma y la tiró á la corriente del agua, y la vieron desaparecer entre sus ondas.

El Avia había absorbido el instrumento de muerte; pero Lucila se llevaba otro que, aunque menos doloroso, era tan seguro.

—Vámonos á casa,—dijo Eduardo con tristeza,—y este paseo que yo creí de alegría, no ha sido más que de dolor.

—No lo creas,—contestó sonrriendo la joven y asiéndose de su brazo;—la situación es la misma, puesto que dentro de dos dias seremos esposos.

Eduardo movió la cabeza con desaliento, como si por entregar el veneno tuviese un triste presentimiento: y, en silencio y pensativos, se dirigieron á la casa fuerte.

CAPÍTULO VI.

Noche sangrienta

Son las doce de una noche de tempestad, y la lluvia cae á torrentes.

A lo lejos se escucha el tableteo del trueno, y los relámpagos cruzan el espacio, dando un aire sombrío á la peña del fraile cada vez que la iluminan, á no ser en esos momentos, la oscuridad es profunda y tenebrosa.

Sin embargo, de lo pavoroso del sitio y de lo tremendo de la noche que es para infundir miedo á los hombres más valientes, una muger ó más bíen un bulto de muger, por lo que puede juzgarse á la incierta

claridad de los relámpagos, está sentada en la histórica peña, y rebujada en un manto oscuro; deja impasible que la lluvia y la humedad la penetre, como si en su pecho tuviese un volcán.

Esta mujer es Milagro; loca, frenética de celos y dispuesta á los mayores crímenes, porque Lucila y Eduardo no sean esposos.

El matrimonio debía celebrarse á la siguiente mañana, y Milagro se ha jurado á sí misma, que no se ha de verificar.

Puesta de acuerdo con el capitán Edmundo Riviere, le espera impaciente, no importándole nada la tempestad, pues más grande la siente bramar en su pecho.

La lucha con su conciencia ha concluido, el angel del mal ha triunfado, y Milagro cuál otro Judas vá entregar á la que llama hermana.

La habitación de Lucila tiene una puerta balcón, y se baja á la huerta por una escalera de piedra.

Estando dentro de la huerta, es como si

se estuviese en la habitación de la joven, pues casi siempre la deja abierta para recibir el fresco de la noche.

—¿Qué miedo ha de tener en una casa rodeada de tan fuerte y alta muralla, y defendida por hombres valientes y decididos?

Para entrar en la viña ó la huerta, había que escalar la muralla, lo que era completamente imposible, ó tener la llave de la puerta principal ó la pequeña, por donde entraban los servidores, y una y otra llave estaban en poder de un viejo mayordomo, fiel como un perro, que adoraba á Lucila y respetaba como cosa santa, hasta el nombre de Amoeiro.

Pero no es posible librarse de la traición, y hay un refrán, que es tan cierto como todos los refranes, que dice: *no vive el leal, más que lo que quiere el traidor*, y el traidor estaba en la casa fuerte.

Milagro había modelado en cera la cerradura de la puerta pequeña, y se la había mandado á Riviere, á Orense.

El capitán encargó la llave á un herrero de la Ciudad, y encuanto estuvo hecha, se la remitió á Milagro. Con ella abrió la traidora la puerta aquella noche, y salió de la casa.

Y esperaba, esperaba impaciente la llegada del francés que había de robar á Lucila, creyendo que una vez sola con Eduardo, y consolándolo hipócritamente por su desgracia, lograría atraerlo á su amor.

Riviere debía llevarse á Lucila á Francia, casarse allí con ella, y cuando el padre y y el amante tuviesen noticias suyas, no habría remedio, por que sería esposa del francés.

Y Milagro, consoladora de Eduardo, sintiendo y llorando con él la ausencia de Lucila, triunfará al fin de su indiferencia y sería amada.

El plan no estaba mal fraguado, pero..... y siempre hay un pero en las cosas de la vida, la ambición de Riviere lo modificó.

Pensó que como se hacía dueño de Lucila, podía hacerse de la casa fuerte y de los

dos guerrilleros Amoeiro, que tanto les estaban mortificando de contínuo, y en vez de venir el solo con otro hombre, trajo varias barcas cargadas de soldados, y silenciosamente se acercaban por el Miño á la peña del fraile.

Milagro no distinguía los que llegaban con la oscuridad, y solo sentía el golpe de los remos en el rio.

—¿Es V. Riviere? preguntó en voz baja, y como si temiese que le oyesen, apesar de estar sola.

—¡Cuanto ha tardado!

—No ha sido posible venir antes.

—¿Y en la casa fuerte?

—¡Todos duermen! contestó Milagro roncamente.

—¡Vamos de prisa! dijo el francés que ya había desembarcado, y sin esperar que lo hiciesen sus soldados para que Milagro no se enterase.

Y en silencio, asidos de las manos caminaron Edmundo y la traidora, que llevaba

la desgracia y la desolación á la casa que la había acogido.

Llegaron á la puertecilla, y allí deteniéndose, Mllagro dijo:

—¿Se la llevará V. léjos, muy léjos, donde Eduardo no vuelva á saber de ella?

—Es lo convenido, y no faltaré á ello, contestó el francés con frialdad, lo mismo que jamás sepan que V. me ha ayudado á robarla.

—Entremos, añadió Milagro con voz febril y abriendo la puerta con nervioso ademán.

Iba á cerrarla.

—No, le dijo Riviere, la puerta debe estar abierta para poder salir con ligereza.

—Milagro cedió, y entraron, y trás de ellos los soldados, sin que ella lo notase.

Caminaron á oscuras, y sólo iluminados por la verdosa luz de los relámpagos, pues la tempestad había vuelto á arreciar, y como si hasta la naturaleza protestase de tal infamia.

Llegaron á la escalera, y entonces la traidora dijo bruscamente.

—¡Ya no me necesitais para nada!

¡Corro á esconderme en mi cuarto!

Y con la lijeraza de un pájaro desapareció.

Riviere llegó á la puerta balcón, y empujando los cristales entró silenciosamente en la estancia.

—¿Quién anda ahí? preguntó Lucila impaciente pero sin ningún cuidado.

—¿Eres tú Milagro?

¿Se ha puesto malo papá?

El francés encendió un fósforo, y con el una linterna que iluminó la habitación débilmente.

—¡Gran Dios! ¡V. aquí! gritó Lucila aterrada.

—¡Si, yo! que al fin la tengo á V, en mi poder! contestó el capitán con acento triunfante.

—¿Y mi padre, y Eduardo? murmuró la desgraciada alentando apenas.

—¡Deben haberse apoderado de ellos mis soldados; pues somos dueños de la casa fuerte! añadió Riviere con voz aún más gozosa.

—¡Pero esto es un sueño, un sueño horrible!—gritó Lucila cubriéndose el rostro con las manos.

Es la realidad señorita, y toda resistencia sería inútil, contestó el capitán friamente, mi amor la responde á V. de mi respeto, y vá V. á seguirme sin lágrimas ni protestas.

—¡Jamás! dijo Lucila con energía y como si de repente hubiese recobrado el valor! podrá V. llevarme muerta, pero viva, nunca!

Y se arrojó del lecho, sin pensar que solo estaba cubierta con un fino peinador de batista que la envolvía de los piés á la cabeza, como las túnicas de las vestales; se dirigió á una ventana con ánimo de tirarse por ella; pero Riviere más listo se puso delante y la sugetó.

—¡Papá, Eduardo! gritó Lucila desesperada y luchando con el francés.

—¡Socorro, socorro!

—¡Aquí estoy! dijo Eduardo apareciendo cubierto de sangre, y seguido de tres soldados que lo perseguían.

—¡Cobarde, malvado! gritó frenético al ver á Riviere. No has podido vencerme en combate leal, una y mil veces, y asaltas mi casa como un infame ladrón!

¡Al fin, francés! añadió con un desprecio inauditó, y como si aquella palabra fuese una bofetada.

Se lanzó contra él, los soldados lo sugetaban, y se emprendió un combate titánico de uno contra muchos.

Eduardo se defendía como un león furioso, con las armas, con los muebles, los que arrojaba como proyectiles y en fin, como hace una fiera acorralada.

Lucila colocada á su espalda, se portaba como una valiente heroina, la última silla que ella tiró, había herido á un soldado en la cabeza.

Pronto vino á ayudarlos el esforzado

anciano Amoeiro, que tuvo que hacer prodigios de valor para reunirse á ellos.

¡Pero hay! Todo era inutil, tenian al fin que sucumbir al número.

¡El aspecto de la casa no podia ser más desolador!

Por doquiera, sangre, heridos, muertos, y muebles destrozados!

Aquello parecia un campamento después de una ruda batalla.

Los servidores habían ayudado á sus amos, aunque despiertos de repente, mal armados, y muchos presos y atados en sus mismos lechos, poco habian podido hacer.

Noche sangrienta la del veinticuatro de Septiembre, día de las Mercedes, y que debía dejar un recuerdo indeleble en la familia de Amoeiro.

Por conclusión, triunfó el mayor numero, y Eduardo herido gravemeute fué atado con solided lo mismo que el anciano Amoeiro que se debatía furioso para romper sus ligaduras.

Lucila, aterrada y doblegada por la desgracia, no hacía el menor movimiento, parecia un cádaver.

Edmundo Riviere los miraba á los tres con ademán cruel y triunfante.

—¡Llevaos esos hombres! dijo á uno de sus tenientes, yo me quedo con esta muger, que es mi prisionera de Guerra.

—¡No, á ellos no! gritó Milagro apareciendo con el cabello en desorden y las facciones desencajadas, me habéis jurado por vuestra fé de caballero Riviere, que solo llevaríais á Lucila.

—¡Bah! murmuró con desprecio el francés ¿qué valen los juramentos que se hacen á un traidor?

¡Tú! fuiste tú la que nos entregó!—dijo Amoeiro asombrado.

—¡Desgraciada!

—¿Qué te habíamos hecho para eso?

¡Amaba á Eduardo y éste iba á ser de otra muger! contestó Milagro con desesperación y queriendo arrojarse á los piés del an-

ciano; pero ese malvado me engañó, yo creí que solo se llevaría á Lucila.

—¡Aparta, maldita! dijo, Amoeiro con desdén.

¡No, no te llevarás á éste! rugió Milagro como una leona herida y poniéndose delante de Eduardo.

Yo, que le amo más que mi vida ¿cómo he de consentir que le hagais daño?

—¡Maldito sea tu infernal amor! gritó Eduardo furioso.

Milagro se arrojó á sus piés diciendo desesperada: ¡Perdón, perdón!

—¡Atrás, Judas!. contestó Eduardo dándole con el pié despreciativamente.

—Sujetad á esa loca, dijo Riviere á uno de sus soldados, señalando á Milagro.

Y nososros á Orense.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE

LA HEROINA DEL AVIA

CAPÍTULO I.

EL GENERAL FRANCÉS DUMONT

Era un caballero en toda la extensión de la palabra; si Napoleón hubiese mandado á España muchos como él no habría tenido la guerra el aspecto de crueldad que tuvo.

Dumont se lamentaba con sus íntimos de la imprudencia del *Grande hombre,* pues así llamaba á su Emperador, y por su gusto no habría venido á España.

Cumplía con sus deberes sin estremarlos,

por lo que era considerado de los españoles cuánto puede serlo un francés.

Para hacerlo odioso tenía á su lado á Riviere, que era en todo su reverso y tenía la astucia y la crueldad que le faltaba al General.

Había sido puesto para que Dumont no se dejase llevar de sus buenos sentimientos, y ésta era la política maquiavélica de Napoleón.

Cuando Edmundo Riviere se presentó al General, después de la cobarde hazaña de la casa fuerte, éste le recibió con ceño y le dijo bruscamente.

—¡No es así como yo quiero vencer, sinó en combate leal!

—¿Estará mi General disgustado por que hice dos prisioneros? preguntó Riviere con leve ironía.

—No por los prisioneros, sino por la manera de hacerlos; pero ha sido cosa vuestra y no mía, añadió con desdén.

—¡Dios mio! dijo Riviere, impaciente-

mente ¿no sé como he de hermanar el cumplimiento de los deberes de buen francés y dar gusto á mi General?

—¡Lo hecho, hecho está! repuso con frialdad Dumont.

¿A dónde habéis conducido esos hombres?

—A la cárcel pública, y bien guardados esperando que el Consejo de guerra los condene á muerte.

—¡A muerte! ¿Qué sabéis vós? gritó el General, irritado?

—Señor, eso se ha hecho con los demás prisioneros cogidos con las armas en la mano.

—¿Pretendéis darme una lección? dijo Dumont con soberbia altivez.

¿Quién manda en Orense, vós ó yó?

—¡Perdonad! añadió Riviere, bajando la cabeza humildemente, mi celo en servicio del Emperador me estravía.

—Creo que si, y cuidad que eso no suceda, dijo Dumont severamente.

Edmundo Riviere, devoró en silencio la

ofensa de la lección, pero jurando en su interior vengarse.

Hubo un breve momento de silencio, y el General se paseaba disgustado por uno de los salones del palacio del Obispo, que era su alojamiento.

Se paró de repente, y dirigiendo al Capitán una mirada investigadora, le dijo:

—Supongo que entre eses prisioneros no habrá ninguna muger; ya sabéis que lo que nos ha hecho más odiosos de los españoles, es nuestra manera de conducirnos con las mugeres, y donde mande Eduvar Dumont, añadió con energía no se faltará jamás á ninguna.

Riviere se estremeció, como si sintiese la picadura de una víbora, pero contestó con seguridad.

—No hemos traido más prísioneros que los dos guerrilleros Amoeiro.

Ruido de carreras y de voces se encargó de desmentirlo.

Dumont se lanzó á la puerta y la abrió con violencia.

—¿Qué sucede que ni aún se respeta el silencio de mi habitación?

Nadie le contestó y el espectáculo que se presentó ante el General le dejó mudo de asombro y de indignación.

Una muger con los cabellos en desorden y que le caían sobre las espaldas, con los piés descalzos, y mal envuelta en un capote de militar, luchaba con dos soldados que la impedían llegar á la puerta, y uno de estos soldados trataba hasta de maltratarla.

Esta muger era la desgraciada Lucila, que así como un fardo y liada en el capote, la había traido Riviere delante de su caballo y escondido en su alojamiento, dándola por guardián á su asistente, en el que tenía extremada confianza.

Pero la varonil Lucila no se aterró. Al ver que estaba en el palacio del Obispo, que conocía y sabía que en él vivía el General Dumont, el que había oido elogiar como

cumplido caballero, resolvió escapar é implorar su amparo; y ya hemos visto que aun cuando exponiendo su vida llegó al lado del General.

—¡Atrás miserables cobardes! gritó Dumont, pálido de ira é indignación y dando la mano á la jóven; ya tengo dicho que las mugeres han de ser sagradas para los soldados que yo mando. ¡Ay de vosotros por haberme desobedecido!

Era tan imponente el aspecto del noble anciano; se leía en sus ojos una irritación tan mortal que los soldados temblaron de miedo y uno de ellos balbuceó:

—¡Piedad, mi General! No hemos hecho más que obedecer las órdenes del capitán Riviere.

—¡Vos, vos habéis mandado eso! gritó el General en el colmo del asombro y del horror, ¡Vos, un Riviere! ¡Un noble francés! ¡Vergüenza é ignominia!

Y con estremada violencia asió de un brazo al capitán y haciendo seña á Lucila

para que los siguiese, cerró la puerta con estrépito.

—Ahora que estamos sólos, añadió con contenida ira, me daréis cuenta de vuestra conducta,

—No tengo más disculpa que amo á esta muger, y voy á hacerla mi esposa, contestó Riviere con audacia.

—¡Primero me mataba que ser muger de semejante hombre.

—¿Quién sóis señora? preguntó Dumont con respeto.

—Una desgraciada, General, contestó Lucila cayendo casi desfallecida en un sillón. Soy la hija del guerrillero D. Mariano Filgueira de Amoeiro, la prometida del guerrillero D Eduardo Amoeiro.

Anoche nuestra casa de Rivadabia, ha sido asaltada por este hombre y le señaló con desprecio, como si fuese un ladrón, entró en ella por una traición, y por la misma hizo prisioneros á mi padre y á mi futuro esposo.

No contento con eso, me arrancó del lecho de la manera que estoy, y como una muger despreciable, me envolvieron en un capote, y me trajo á la fuerza en su caballo.

—¡Justicia señor, justicia! gritó con la mayor desesperación arrojándose á sus piés, mañana debía haberme casado, pues el altar me esperaba.

La tendréis y cumplida señora, dijo levantándola Dumont con soberbia arrogancia, ó dejaría yo de ser General francés.

Capitán Riviere, retiraos, añadió imperiosamente, é id arrestado á vuestra habitación.

Edmundo Riviere, tal mando, y tal decisión debió ver en el soberbio anciano, que bajando la cabeza, salió en silencio cerrando con violencia la puerta.

—Ya estamos solos señora, sois libre desde este momento.

¿Y qué más puedo hacer en vuesto favor?

—Dejar libres á mi padre, y mi prometido, contestó con presteza Lucila.

—Hija mia, eso ya no es tan fácil, y no créais añadió con amargura que apesar de General y Gobernador de la Ciudad, puedo hacer todo lo que quiero.

Sin embargo, os doy mi palabra, que apesar de las grandes dificultades con que tropiezo, uno de los Amoeiros saldrá libre.

—¡Dios mio! ¿y por qué esa distinción? si los dos han sido hechos prisioneros de la misma manera injusta?

—Tengo con el médico Amoeiro un deber de gratitud, y le salvaré aún cuando se opusiesen los franceses que están á mis órdenes.

—¿Y qué es? preguntó Lucila anhelante.

—El médico Guerrillero Amoeiro, salvó la vida á mi hijo Jorge en una batalla, y habiendo salido gravemente herido, lo curó generosamente, por lo que le soy dos veces deudor de mi hijo, no le conozco, y vos habéis de ser la que me digais quién es, ¿el anciano ó el joven?

—¡Yo he de ser la que condene á uno de

los dos! murmuró Lucila temblando, ¿en qué situación me ponéis General.

—Lo siento señora, pero no puedo hacer más, con daros á vos la libertad y á él, se han de disgustar mis soldados, pues ya sabéis con que rencor se hace esta guerra, y tengo que dejarles al menos uno.

Como es natural quiero salvar al que estoy obligado.

¡Pero que sea yo! quien entregue el otro á la muerte! gritó Lucila desesperada ¡esto es horroroso!

—Mi hijo Jorge, que es el que lo conoce, no está aqui, y tenéis que ser vos quien me digais quien es.

—Nunca, no diré una palabra.

—Entonces perecerán los dos, —pues no tengo pretesto para salvar á ninguno.

—¡Pero eso es espantoso, atroz.

—Diciendo la verdad, no tendrá de que acusaros vuestra conciencia.

Os dejo sola señora, reflexionad y [tran-

quilazaos; voy á enviaros vestidos de vuestro sexo.

Y el General abandonó la habitación.

CAPÍTULO II.

Entre dos amores

No es posible esplicar el sufrimiento de la desgraciada Lucila, al pensar de que había de ser ella, la que condenase á uno de los dos séres de su cariño.

El General francés se lo había dicho bien claramente, no podía salvar más que á uno de los dos, y ella tenía que designar el que debía morir.

Situación horrible, y en la que tal vez no se había visto ninguna muger, porque era una rareza que Dumont no conociese al salvador de su hijo, y que éste no se encontrase á la sazón en Orense.

El corazón de Lucila se desgarraba, por que no sabía á quien escoger de sus dos amores.

Por un lado su padre, al que debía la vida y quería con acendrada ternura; por otro su prometido: el esposo de su alma y al que amaba desde que había tenido uso de razón; su Eduardo adorado y que, sin la infame traición de Milagro, sería ya su esposo.

¿Y ella, sólo ella había de condenar á muerte á uno de los dos?

¡Era cosa de volverse loca!

La desgraciada se sujetaba la cabeza para que el juicio no huyese de allí.

En aquellos momentos ¡cuánto odiaba á Milagro! ¡Con qué placer la hubiese devuelto los dolores que estaba sufriendo!

Y el tiempo pasaba, corría veloz; porque al tiempo para detenerse, le importaban muy poco las penas de los mortales.

Sigue impasible su camino, dejando, indiferente, detrás de sí, dolores y alegrías.

—¡No puedo decidirme por ninguno!—

murmuró Lucila roncamente,—y antes de hacer esa elección, que mueran los dos y yo con ellos.

Volvió á abismarse en sus reflexiones, y en la cabeza y el corazón de la infeliz rugía una tempestad que debía acabar por aniquilarla.

—¡Entre mi padre y mi prometido!..... ¿Por cuál optaré? ¿A cuál será al que condenaré á morir?

Esto se preguntaba una y mil veces, y no sabía por cuál decidirse.

¡Los amaba tanto á los dos!.....

El mayor enemigo de Lucila no podía haber inventado un suplicio peor para ella.

Lo que estaba sufriendo era una tortura moral de las que no tienen explicación.

—¡Ese francés es un mónstruo!—gritó con ira.—¿Cómo tiene valor de ponerme en tan horrible situación?

—¡Que yo sea la que mate á uno de mis amores, que no sé á cual de los dos amo más!

¡Jamás haré esa infame elección! ¡Muramos los tres primero!

Y resuelta, pálida, sombría, fatal, se puso en pié y se dirigió á la puerta.

Allí se detuvo y retrocedió.

—No tengo derecho para matarlos á los dos. ¿Por qué no he de salvar á uno?

Volvió á dejarse caer desplomada en el sillón, y por espacio de algunos minutos estuvo como muerta.

¡Qué bien ha explicado el célebre y grande Víctor Hugo la tempestad debajo de un cráneo!

Ésta era la que sentía Lucila; y tenía trazas, si no ponía fin á ella, de concluir con su vida.

En aquellas dos horas de martirio, su cabeza debía llenarse de canas, y su corazón parecía que iba á romperse.

Al fin prorrumpió en lágrimas y desgarradores sollozos, y esto la salvó.

—¡Virgen mía del Portal, inspírame!—dijo entre sus lágrimas.—¿A cuál debo salvar?

¡Y lloró, lloró, hasta que sus lágrimas se agotaron; sintióse aliviada, y la resolución del mártir se leía en sus ojos!

Si Eduardo hubiese sido ya mi esposo, habría optado por él, sacrificando á mi padre; no es más que mi prometido, y debe morir; pero yo moriré con él.

Y con la tranquilidad del que ha tomado una resolución desesperada, tiró del cordón de una campanilla que tenía al lado del sillón.

Una como criada se presentó con un sencillo traje negro de muger y unos zapatos de raso del mismo color, ropa blanca y todo lo necesario para vestirse una señora.

—¡Gracias! murmuró Lucila, y empezó á vestirse.

Al cabo de un segundo su tocado había terminado; pero sus cabellos caían lo mismo sobre la espalda, dándole el aspecto de una hermosa Magdalena.

Decid al señor General que lo espero, y

llevaos ese capote, añadió con repugnancia.

La criada saludó en silencio y salió, llevándose la prenda en que había estado envuelta Lucila.

A los pocos momentos, Dumont apareció.

—Y bien, señora, ¿queréis decirme ya quién es el médico Amoeiro que salvó á mi hijo? preguntó amablemente.

—D. Mariano Filgueira y Amoeiro, mi padre, es el doctor á quien debe la vida el capitan Jorge, contestó Lucila con voz entera y sin ninguna vacilación.

—Voy á hacer que lo pongan en libertad al momento, y aquí vendrá á reunirse con vos, que también sois libre. ¡El General Eduvar Dumont jamás ha dejado de pagar sus deudas!

Y el anciano francés, sin esperar la contestación de Lucila, salió firme y majestuoso.

CAPÍTULO III.

Espiación

—¡Perdón ,Eduardo mío! murmuró la infeliz Lucila. Dos veces te entrego á la muerte: una por preferir á mi padre á tí, y otra porque tú eres el que salvaste al hijo del General.

Y cayó otra vez en sus dolorosas reflexiones. De ellas vino á sacarla la violencia con que se abrió la puerta de la sala, y la entrada de una mujer que, con las señales de la mayor desesperación, se arrojó á sus piés.

Era la traidora Milagro, de la que empezaba la expiación.

—¡Piedad, Lucila, compasión! gritó, queriendo cojer sus manos.

—¡Aparta, miserable! dijo Lucila, rechazándola furiosa. ¡Que no te vea ante mi vista!..... ¡Maldita seas, víbora!.....

—¿Y tu padre y Eduardo?

—¿Qué te importa á tí de ellos? ¿No los has entregado á la muerte?

—¡Ten compasión de mí! ¡Sufro los tormentos del infierno! ¡Daría mi vida por Eduardo, y no sé lo que es de él!

—¡Conque no sabes que va á morir! dijo Lucila con aire cruel; va á morir, y tú le matas. Regocíjate de tu obra.

—¡Dios mío! Pero, ¿será verdad? murmuró Milagro, torciéndose las manos. ¡Yo que le adoraba, seré la causa de su muerte!....

—Tu amor era un amor de maldición, y por eso le mató, dijo Lucila frenética; podía haber salvado á uno de los dos; pero preferí á mi padre, que era primero.

—¡Tú! ¿Y tú le amas? ¡Mentira! añadió Milagro sombriamente. Por Eduardo ha-

bría dado á mi padre, á toda mi familia, y hasta la salvación de mi alma.

—Pruébalo, y te perdono, dijo Lucila cogiéndola bruscamente de un brazo y haciéndola levantar; tus celos por m han sido la causa de tu traición, ¿no es verdad?

—Sí, pero desde el momento que el infame Riviere os llevó de la casa fuerte, empezó mi expiación.

—Justo castigo de tu maldad. ¿Dices que no amo á Eduardo porque preferí que viviese mi padre antes que él? Pues vamos á ver quién de las dos le ama más.

—¡Yo! gritó Milagro con energía.

—¡Tú, miserable criatura, y le entregas por una cuestión de celos! dijo Lucila con desprecio. Me alegraré, sin embargo, engañarme; vamos á verlo. Si puedes salvarle de la muerte que está sobre su cabeza, más generosa que tú, te lo cedo. Iré á ocultarme á un convento donde no sepa más de mí, y desde allí oraré por vuestra dicha.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—Sí; no lo dudes. Tú debes tener relaciones entre los franceses. No se llega donde tú has llegado, sin hacerse amigos; apela á ellos para que hagan escapar á Eduardo de la prisión, y no volverá á saber que existo en el mundo.

—¡Noble y santa Lucila!.....

Sus ojos, al decir esto, estaban llenos de lágrimas. Se comprendía el sacrificio que hacía; pero también la verdad de sus palabras. ¡Qué lección para la infame celosa, que todo lo había pospuesto á sus celos!

—¡Ay de mí! ¡Nada puedo! Mis relaciones no eran más que con Riviere, y éste está preso y encausado.

—¡Quiere decir que tú le has perdido y ahora no puedes salvarle! dijo Lucila rudamente.

—No, bastante lo deploro, y por eso mis remordimientos y mi expiación son terribles.

—¡Miserable miserable! ¿Por qué no te habremos dejado morir de hambre en un rincón?

Era la primera vez que Lucila hacía alusión á lo que Milagro les debía.

—¡Tal vez hubiese sido mejor! contestó ésta sombriamente, no habría conocido á Eduardo y sería buena.

—¡Tu buena ¡Vah! para eso era preciso que hubieses nacido con otra sangre, dijo Lucila con desprecio, concluyamos.

¿Nada puedes conseguir en favor de Eduardo, de tus amigos los franceses?

—¡Nada más que morir!

—¿Y de que serviría tu muerte?

Ni aún con ella le salvabas.

Vete de mi lado serpiente infernal, porque creo que soy capaz de ahogarte con mis manos.

Y esto lo dijo Lucila, con los ademanes de una loca.

—¡Piedad, perdón para mis remordimientos! murmuró Milagro arrostrándose á sus piés.

—¡Maldita seas! ya que no puedes salvar lo que has perdido, gritó Lucila cada vez con más frenesí.

El anciano Amoeiro entró con el General Dumont.

—¡Vámonos de aquí hija mía! la dijo dulcemente, y la tomó de la mano.

Lucila se dejó conducir como una sonámbula.

—¿Y esa muger que hace aquí, General? preguntó el guerrillero con desdén.

—No sé quien la ha dejado entrar, pero haré que lo espulsen; pues no hay nada más horrible para mi que la traición.

Y el General francés señaló la puerta á Milagro con el más altivo desprecio.

La infame criatura salió doblegada, con la frente baja y abatida por los remordimientos.

Como Cain y Judas empezaba su espiación, y ésta tenía que ser atroz.

CAPÍTULO IV.

Martirio de un alma

Al guerrillero Amoeiro, lo engañaron al sacarlo de su prisión, diciéndole que Eduardo le esperaba en la casa fuerte, pues como á él se le había dado la libertad, pero el médico tenía que ser la víctima espiatoria del ódio de los franceses.

Dumont apesar de su nobleza, y de que le repugnaba condenar á muerte á un enemigo indefenso, y al que no había vencido en leal combate, no se atrevía á dejar libre á Eduardo, pero con la mayor justicia hacía se le formase causa para la tranquilidad de su conciencia.

Irritado con su ayudante el capitán Riviere y ofendido de que no se respetasen sus órdenes, con referencia á las mugeres, le tenía también preso y con sumaria formada por faltar á la disciplina, y el General estaba dispuesto á castigarlo con el mayor rigor.

Sin embargo, como Dumont era una excepción de los franceses, por su justo y generoso modo de conducirse con los españoles, los soldados sentían contra él una sorda cólera, que vino á aumentarse por haber dejado libre á Amoeiro, y tratar con tanto rigor á Riviere, callaban por que no les quedaba otro recurso que obedecer, pero dispuestos á insurreccionarse á la primera ocasión.

La desventurada Lucila con la muerte en el alma y el corazón destrozado, siguió á su padre á Rivadabia, pues ya sabía que por algunos días no corría peligro Eduardo, y con tranquilidad relativa por que estaba resuelta à morir después que muriese él.

Felizmente poseía el veneno que su prometido le había dado en la Alameda de San

Cristóbal, y con el iba á poner fin á sus días.

Pero no la satisfacía esta solución, quería morir ella, vengarse de Riviere, y salvar á Eduardo, cosas que no podían ser más difíciles.

El martirio de esta alma amante era horrible.

¡Ella! ¡Solo ella! había entregado á Eduado y lo mataba.

En algunos momentos se arrepentía de haber preferido á su padre, pues se decía que como más joven tenía Eduardo más derecho á vivir, y que Amoeiro representaba el pasado, y Eduardo el presente, más luego horrorizada sentía su modo de pensar, y llorando pedía perdon á Dios, de sus malos pensamientos.

Era un martírio contínuo del día y de la noche, y superior á las fuerzas humanas.

Cuando el anciano llegó á la casa fuerte y vió que no estaba en ella Eduardo, pidió esplicaciones á su hija.

Lucila que no sabía mentir, y cuyas fuer-

zas estaban agotadas, le reveló la verdad, y la situación por que había pasado, y estaba pasando.

Amoeiro quedó aterrado, ni por un momento había dudado de la libertad de su sobrino, y el golpe fué fatal.

Miró á Lucila con cariñosa lástima y la dijo con ternura.

—¡Cuánto debes sentir el tener padres, pobre hija mía!

—¡Señor! no diga V. eso, exclamó Lucila sonrriendo á través de sus lágrimas.

—Sí, por que tu lucha habrá sido horrible, y con más razon siendo Eduardo el que había salvado al hijo del General.

—¡Cumplí con mi deber! añadió Lucila con la fé de los mártires del cristianismo.

Si Eduardo hubiese sido mi esposo, hubiese optado por él padre mio, pero como no era más que mi prometido, V. era lo primero.

—¡Bien está, pues yo sé también lo que tengo que hacer! dijo Amoeiro sombriamente.

—¡Por piedad, señor! ¿Que mi sacrificio no sea estéril?

—Tranquilízate querida hija, pues no atentaré á mi vida, pero sí la expondré por salvar á Eduardo.

—Eso es muy justo, dijo Lucila gravemente, y cuente V. conmigo para lo mismo.

Se separaron, y la pobre niña como alma en pena andaba por la huerta y la viña, discurriendo un medio para salvar á Eduardo.

Lo que más la agradaba era ir á la triste peña del fraile, á la caida de la tarde, y cuando ya empezaban las sombras de la noche.

Aquel agreste sitio se avenía muy bien con el estado de su alma.

Recordaba la sombría historia del sabio Dominico Fr. Policarpio del Pino, y como él le daban intenciones de arrojarse desde la peña al rio.

Cuentan las antíguas crónicas que este fraile, modelo de sabiduría, y de santidad iba á hacer sus oraciones á la solitaria peña por creer que allí en aquel magestuoso lugar, estaba más cerca de Dios.

Pero el demonio que no descansa de tentar á la humanidad y más á los que son modelos de virtud, le presentó una tarde una hermosa pastora de la que se enamoró tan violentamente el fraile, que se olvidó de Dios para entregarse á aquel amor reprobado.

Desde aquel día la peña que había servido para sus oraciones, fué para sus amorosas entrevistas, y un amor frenético y culpable reemplazó á su santidad.

Y pasó algun tiempo entregado el Dominico á sus voluptuosos placeres; pero los remordimientos vinieron á atormentarlo más tarde, y de una manera tal, que creyéndose condenado y que no había para él perdón, una noche, en un acceso de locura, desde la peña se arrojó al rio; y por eso la corriente parece que solloza en aquel sitio.

Lucila conocía, como todos los del país, esta fúnebre leyenda; pero era tal el estado de su triste corazón, y el martirio de su alma que en ninguna parte se hallaba mejor que allí.

Una tarde, ó más bien una nohe, se dirigió desde la peña á la casa fuerte; con el rostro animado y la sonrisa en los lábios.

—Padre mio, dijo con varonil resolución al anciano Amoeiro, ya encontré un medio para salvar á Eduardo. Reuna V. todos sus guerrilleros y por caminos extraviados, de nosotros solo conocidos, vámonos á Orense.

—No solo mis guerrilleros sino todos los hombres útiles de Ribadavia me seguirán, contestó el anciano con energía, no esperan más que mi voz, para ir á libertar á Eduardo.

—Cuantos más, mejor, añadió Lucila con los ojos brillantes de entusiasmo, y le aseguro á V., que les quedará recuerdo á los franceses de esta jornada, pues no solo salvaremos á Eduardo, si no que nos haremos dueños de la ciudad de Orense.

—¿Cómo? preguntó Amoeiro asombrado.

—Nada quiero decir.

Parto ahora mismo á Orense con el mayordomo Pereda, y V. detrás de mi, se esconden en la robleda de la Virgen de los Remedios hasta que yo les avise.

CAPÍTULO V.

El convite

Lucila llegó á Orense á las tres horas, en un estado de ánimo próximo á la locura.

La desgraciada tenía una fiebre ardiente, y su cabeza era un volcán.

No quiso decir á su padre lo que pensaba hacer para salvar á Eduardo, pues su idea no podía ser más terrible.

Se instaló en casa de los parientes que eran afrancesados, y muy apreciados de los soldados de Napoleón, cuanto eran odiados de los españoles.

Al otro día, vestida con soberbia elegancia se presentó en el Palacio del Obispo á ver á Dumont, y dándole las gracias con

ardor por haber salvado á su padre, le dijo que quería celebrar este acontecimiento con un convite, y le rogaba que con todos los jefes y oficiales franceses, fuesen aquella noche á cenar á su casa.

Sorprendido el General de aquella petición, la miró con desconfianza, pero Lucila con una adorable sonrrisa le dijo:

—General V. desconfía de mi; pero le advierto que no tiene motivo.

—¡Señorita! murmuró el francés turbado. ¡Vamos, que estoy leyendo en su interior!

—Usted se dice, que con mi futuro esposo preso y próximo á morir, no debo de tener gana de convites, pero añadió con indiferencia y encogiéndose de hombros; novios puedo tener muchos, y padre no tengo más que uno.

—¡Cuanto celebro verla á V. tan razonable! dijo Dumont como si se viese aliviado de un gran peso, haré lo posible para salvarle, pero.....

Lucila se estremeció, y palided mortal

invadió su semblante, hizo un esfuerzo de voluntad, y murmuró friamente.

—Comprendo que ha perdido V. las esperanzas.

—No hablemos más de eso.

Esta noche á cenar y á olvidar, y para que estén ustedes más tranquilos comeré de lo que ustedes coman, y también beberé de los mismos vinos.

—Señorita, ¿apesar de todo lo que V. diga, es estraño ese convite en las circunstancias actuales?

—Voy creyendo que los franceses que se la hechan de tan valientes, son cobardes como liebres; dijo Lucila con acento burlón.

—No, señora mia, repuso el anciano con gravedad, la prudencia no es cobardía, y yo que respondo de una Ciudad, debo de pensar lo que hago.

—¡Temer á una muger sola! añadió Lucila con insultante desprecio.

¿Nunca lo hubiese creido? y más en casa de los Lamas sus amigos de ustedes.

Siento también el desaire como señora.

Y poniéndose en pié hizo ademán de marcharse.

—No somos, ni groseros, ni cobardes los frances señorita, dijo el viejo General con arrogancia, y en prueba de ello, esta noche á las nueve, alli iré con mis jefes y oficiales muy honrados, por ser convidados por una dama tan noble y hermosa.

Una sonrrisa de triunfo iluminó el rostro de Lucila, pero tuvo la duración de un relámpago.

—¡Gracias General! dijo sencillamente y dándole la mano se retiró.

Precioso y rico aspecto presentaba el salón del convite, en la casa de los Lamas, Lucila había exigido que ninguno de la familia había de sentarse á la mesa, queriendo ella sola hacer los honores á los franceses.

Respetaron sus parientes esto que creyeron un capricho, y la hermosa joven más pálida que una estátua de alabastro, vestida con un traje de seda blanca, cubierta de en-

cages y de flores parecía una víctima de los antiguos tiempos, cuando engalanadas marchaban al sacrificio.

La mesa estaba brillante de luces y de riqueza, por doquier se veían ricos saleros y figuras de plata y de oro, suntuosa vagilla de plata y cristal, con las armas de los Amoeiros, y las botellas con los ricos vinos, brillaban á la claridad de las bugías, como topacios, y rubís líquidos.

Lucila seguida de cuatro lacayos vestidos con rica librea, daba la última mano á los preparativos, y merecía su especial predilección un gran jarrón ó anfora romana de oro, y llena de riquísimo vino tostado.

Llevaba el jarrón, lo menos veinte cuartillos, y con él quería la joven brindar con los franceses.

La vajilla, candelabros y adornos todos de la mesa, de tan buen gusto como riqueza, habían venido de la casa fuerte de Amoeiro para hacer honor á los franceses.

Los preparativos estaban concluidos, y solo se esperaba á los convidados.

Llegaron éstos á la primera campanada de las nueve, precedidos por el General Dumont, no faltaba ninguno de los jefes y oficiales que había en Orense, y el único ausente era Riviere, por que seguía preso.

Al ver la opulenta y hermosa mesa, quedaron sorprendidos, y no pudieron menos de dirigir una codiciosa mirada á las riquezas que contenía, sin duda pensando que eran un brillante botín.

De todos ellos, el único que no sintió envidia, fué el noble Dumont.

Lucila se sentó á la cabecera de la mesa, y el General á su lado.

Empezó la cena, que duró dos largas horas, servida régiamente por lacayos y criados.

Lucila comía de todo, y bebía igualmente, aun que con moderación, y los treinta franceses que estaban, entre jefes y oficiales se entregaban según su costumbre á los escesos de la gula, y aún más á los de la bebida.

Ya las cabezas calientes el Coronel Marsout, inició los brindis diciendo:

¡Brindo por nuestra hermosa huéspeda, por la muerte del guerrillero Eduardo Amoeiro, y que ella consolada se case con un guerrero francés, que es el único que la merece!

Lucila tembló como la hoja agitada por el huracán, sus ojos brillaron con estraño fulgor, y cogiendo el jarrón de oro, dijo con trialdad.

—Este noble y rico vino es el que ha de servir para los brindis.

Y hechando tostado en una copa se la presentó al Coronel.

—¿Y V. no bebe madama? preguntó este con desconfianza.

—Si señor le contestó Lucila sonrriendo, y vertiendo vino en su copa, lo bebió de un sorbo.

Corrió la anfora de mano en mano, y como los franceses encontraban delicioso el tostado, muy pronto estubo concluido.

No quedaban más que dos dedos en la copa del Coronel Marsou, que con atrevimiento dijo:

—¡Hermosa joven! beba V. ese poquito á mi felicidad.

Lucila sin vacilar ni un segundo, se lo bebió.

—¡Que placer siento en este convite! dijo el General alegremente, estas serían las batallas que yo quería ganar á los españoles; pero..... se de detubo de repente, sudor frio invadió su frente, y tubo que sentarse por que se caía.

A todos los demás les pasaba lo mismo, y un ardor estraño atacaba á su corazón, é invadía su cabeza.

Lucila también estaba temblorosa, y hacía esfuerzos de voluntad para que no conociesen sus sufrimientes.

—¡Dios eterno! murmuró Marsou, ¿que es lo que tengo? ¿me siento morir?

Lucila se puso en pié, y con los ojos brillantes de fiebre, y con una sonrrisa de triunfo gritó.

—¡Es la muerte, la muerte que invade

vuestros corazones! ¡traidores opresores de mi pátria!

¿Creíais que una española y gallega, añadió con salvage energía, podía nunca, jamás, capitular con vosotros?

¡Estáis envenenados, el tosigo corroe vuestras perversas entrañas, y todos sin quedar uno, moriréis muy pronto, y Orense volverá á ser de los españoles!

—¡Antes morirás tu, traidora! dijo Marsou, queriendo hechar mano de la espada, pero las fuerzas le faltaron, y cayo muerto.

Como era el que más había bebido, pudo resistir menos.

—¡Pero vos habéis bebido del mismo vino dijo el General asombrado.

—¡Y como vosotros moriré! contestó Lucila con heroismo, pero antes tendré tiempo de libertar á Eduardo, y de ver á Orense en poder de los mios!

—¡Que importa mi vida, al lado de la grandeza de la pátria!

—¡Soberbia y admirable criatura! dijo Dumont con voz ya débil.

¡Oh Napoleón! ¿cómo has de triunfar en un país, donde las mugeres obran así?

Y haciendo un gesto violento quedó muerto.

Lucila casi cayéndose, pero con energía sobre humana gritó.

—¡A libertar á Eduardo!

CAPÍTULO VI.

El Médico

Lucíla no debía morir tan pronto como los franceses, pues apenas había bebido del tostado; pero como ellos estaba condenada.

Los había envenenado y se había envenenado con el frasco que le diera Eduardo en la Alameda de San Crístóbal.

Por eso la noche que de la peña del fraile volviera á su casa con sonrisa en los lábios era por habérsele ocurrido aquel medio de salvar á Eduardo y de vengarse de los opresores de su pátria.

Verdad que también ella sería víctima, pero ¿qué la importaba si lograba sus deseos?

¡Hecho magnífico en un hombre, más

heróico, sublime, admirable en una mugeri

Las últimas palabras del General Dumont habían hecho el mayor elogio de España y de los gallegos.

Sucesos ocurrieron en aquella guerra que mirados hoy á sangre fria, parecen acciones de locos: tal era el desprecio de la vida.

¿Y qué otra cosa que una heróica locura era lo que había hecho la noble Lucila?

Con rápido paso salió de casa de los Lamas, y acompañada del mayordomo, que apenas podía seguirla; se dirigió á la prisión de Eduardo, pero antes de llegar, tuvo que detenerse y apoyarse en él, porque se caía.

—Señorita, ¿qué tiene V.? preguntó éste asustado.

—Nada, respondió Lucila con voz débil, más con entereza, vamos, mi padre y Eduardo me esperan.

Ruido de lucha, voces y tiros les impidieron el continuar.

¿Qué era lo que había pasado en Orense, mientras la heróica jóven daba su convite de muerte á los frances.

El guerrillero Amoeiro, seguido de sus muchachos, y de todos los hombres útiles de Ribadavia, paisanos y soldados, se habían escondido en la Alameda de la Vírgen de los Remedios, esperando el recado de Lucila para entrar en la ciudad.

En el momento que llegó el General francés á casa de los Lamas, con sus jefes y oficiales, y que no habían quedado para defensa de Orense, mas que soldados y sargentos.

Lucíla hizo una seña al anciano mayordomo de la casa fuerte, que estaba á su lado, y éste corrió á advertir á su señor.

Amoeiro se dirigió á la Ciudad y á las mismas puertas de ella empezó el combate; que no podían sentír ni el General ni sus oficiales pues la casa de los Lamas estaba á gran distancia, en la carretera de Castilla.

Los soldados medio borrachos, pues Lucila había mandado para ellos, bastantes cántaras de vino del Rivero, sin jefes que los dirigiesen, soñolientos y descuidados, apenas ofrecerán resistencia y á las dos horas el anciano patriota era dueño de la Ciudad.

Sin embargo, la mortandad fué horrible, era tal el aborrecimiento que sentían los españoles por los frances, tales las ofensas y el ódio que le inspiraban, que como fieras se cebaron en ellos.

En balde que el noble D. Mariano quisiese detenerlos, no le hacían caso, y para acabar de exasperar, un tiro aislado salió de una casa y mató á uno de los mejores muchachos de Ribadavia.

Entonces la ira y el ódio se desbordaron con mayor fúria, y querían poner fuego á la casa, y asar dentro á los franceses, pero Amoeiro hechó mano de su enérgica influencia y pudo detenerlos, más no impedir que matasen á los que dentro de la casa estaban.

Estos eran los tiros y las voces que habían detenido á Lucila.

—¡Dios mio! murmuró la desgraciada con acento opaco, ¿me moriré antes de abrazar á mi padre y á Eduardo?

—¿Será que Dios me castiga por haber atentado á mi vida y disponer de lo que no

era mio? ¡Perdón, Señor! ¡Fué en bién de mi pátria lo que hice!

Y moribunda, se apoyaba en el mayordomo.

—¡Socorro! ¡Amparo, españoles! gritó el viejo servidor con energía.

—¿Quién necesita auxilio? preguntó la voz del anciano Amoeiro.

—¡Aquí, señor, aquí! ¡la señorita se muere!

—¡Mi hija! dijo el guerrillero al reconocer á Lucila.

¡Dios mio! ¿que te sucede vida mía?

—En la prisión de Eduardo.

— ¡Corramos á salvarlo! contestó Lucila con voz entrecortada.

Y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, apoyada por un lado en su padre, y por otro en el mayordomo, logró andar, y con tardío paso llegaron al encierro de Eduardo.

Ya Matías Fallares, uno de los jefes de Ribadavia le había puesto en libertad, y la traición en triunfo.

La joven más pálida que el blanco traje que la cubría, el que estaba destrozado y manchado de sangre y barro; se arrojó en sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

—¡Eduardo mío! murmuró con acento opaco, creí morirme sin volverte á ver.

—Entremos dentro y dadme sillas, dijo Eduardo á uno de los muchachos de Ribadavia, y con gran fuerza cogió á Lucila en brazos y entró con ella en un cuarto bajo, feo y ahumado.

Amoeiro le siguió cada vez más inquieto.

Eduardo depositó á Lucila sobre un viejo sillón, y dijo al mayordomo.

Llévate toda esa gente, y déjanos.

Obedeció el anciano servidor, y los tres quedaron solos. Amoeiro cerró la puerta del cuarto, y Eduardo hechó agua sobre el rostro de Lucila, que estaba como muerta.

—¡Hija mía! ¿Que tienes? dijo el guerrillero besando su helada frente, y con dolorosa inquietud.

—¡Perdón! añadió Lucila con voz cada

vez más débil; perdón padre querido y esposo adorado! ¡Voy á morir! pues estoy envenenada! para libertar á Eduardo y hacerme dueña de la Ciudad convidé al General..... francés..... y á sus jefes..... y oficiales..... y los envenené con vino tostado; tenía que beber para inspirarles confianza y bebí.

—Ellos, bebieron sin tino y están todos muertos en el salón de los Lamas; como bebí ménos, no he muerto aún, pero el frio de la muerte circula ya... por mis... venas.

—¡Dios eterno! ¿Será verdad tan horrible desgracia? gritó D. Mariano mesándose los cabellos y estrechando á su hija con frenesí. ¿Habré vivido para presenciar tal horror?

—¡Desgraciada! ¡desgraciada! ¿Qué has hecho? Suicida á los veinte años.

—Perdón... murmuró Lucila con esfuerzo Si yo... no hubiese... hecho eso... no habría salvado á Eduardo, y no seríais dueños de Orense.

—¡Que hubiésemos muerto todos antes! dijo Amoeiro desesperado.

—Yo le debía... la vida... á Eduardo... padre mío... cuando el General... frances me dijo que quería salvar al... médico Amoeiro... de la muerte, porque había salvado á su hijo... le contesté... que el médico... eras tú... y te preferí á mi prometido... Desde aquel... momemto... mi vida fué... un infierno...

—¡Como será la mía desde hoy gritó con horrible desesperación el anciano.

—¡Hija sin igual! añadió llorando, que amaba á su padre sobre todo lo del mundo ¡Dios te perdonará por tu heroismo!

—Así lo... espero... murmuró Lucila como un suspiro... tu mano, Eduardo, ya no veo... el veneno que me has dado sirvió... para... algo grande... ¡Virgen mía del Portal!

Y una sonrrisa celestial asomó á sus labios; hechó un brazo al cuello de su padre y estremeciéndose levemente, quedó muerta.

¡El angel había volado al cielo!

—¡Dios mio! yo quiero morir con ella, decía el padre desesperado.

La noble criatura ha muerto por los dos, y tú no haces nada para salvarla, añadió sacudiendo rudamente el brazo de su sobrina, y eres médico, eres sábio, decías que la amabas, y estás frio é impasible.

En efecto. ¡Cosa estraña! la paz y tranquilidad de Eduardo contrastaban con el dolor del padre.

El que adoraba á Lucila con ciego frenesí la contemplaba muerta con impasibilidad, y ni una làgrima había asomado á sus ojos.

Con la mayor calma tenía la mano puesta sobre su corazón, y separándola del guerrillero, la había recostado dulcemente en su hombro.

¿Qué misterio era este?

¿Por qué Eduardo estaba frio y tranquilo, viendo á Lucila muerta?

—¡Te aborrezco! dijo el anciano furioso, ¡miserable miserable! tú la diste el veneno, y ahora la miras muerta sin llorar.

—No está muerta sino dormida, contestó tranquilamente Eduardo, no há bebido ve-

neno, sinó un fuerte narcótico, que la tendrá tres días como si fuese cadáver.

—¿Será verdad? dijo el padre alentado apenas, si tiene todos los síntomas de la muerte.

—¿Para qué he estudiado yo tanto?

¿Para qué soy médico y sábio? contestó Eduardo con ademán de triunfo.

No perdamos el tiempo en nécias lamentaciones.

Respondo de la vida de Lucila, pero como los franceses viven lo mismo que ella, aprovechemos su largo sueño para obrar.

Había tal seguridad, tal energía y tranquilidad en la voz de Eduardo, que Amoeiro no dudó.

—¿Por qué la has dado ese narcótico? preguntó sorprendido.

—No tenemos tiempo de entrar en esplicaciones.

¡Fuera de aquí!

Y cogiendo á Lucila en brazos, hizo seña á su tio que abriese la puerta, y salió á la calle.

¡La litera! dijo con autoridad.

Y una como litera ó silla de manos fué aproximada por dos hombres.

Colocó en ella á Lucila, y cerrando la puerta, se puso á su lado para escoltarla, diciendo friamente.

¡En marcha!

—¡Todo lo tenías preperado! añadió Amoeiro asombrado.

¿Sabías lo que iba á hacer mi hija?

Lo sospechaba, al tener noticia del convite que había dado á los franceses, contestó Eduardo sonrriendo.

Silenciosamente, con ligereza, y seguidos de una escolta de guerrilleros, llegaron por la carretera al puente.

Allí se detuvieron para montar á caballo.

Se oyeron dos tiros dirigidos á la litera.

¡Me han muerto! dijo el anciano Amoeiro cayendo.

¡Estoy vengado! gritó la triunfante voz de Riviere, y se le vió escapar por la orilla del rio.

—¡Tio mio, padre querido!

—No estoy herido, sinó que me han matado, contestó el anciano con entereza. Me siento perdido. Vete. Salva á Lucila.

¿Y he de dejarlo á V. así?

—Te lo mando. No faltará uno de los mios, que me entierre. ¿Me juras que mi hija está viva?

Como, si no ¡estaría yo tan tranquilo! dijo en són de queja Eduardo.

—Es verdad, te creo. Pues bien, conságrate á ella ya que yo muero.

No más guerra. Bastante hemos hecho. Huye al extranjero y casaros allí. Si no muero me reuniré con vosotros en Inglaterra.

—Señor, no quiero abandonarlo á V.

—Lucila es lo primero, ella se ha sacrificado bastante. Parte ¡te lo mando! dijo con sobrehumana energía.

EPÍLOGO

Tres días después de los últimos acontecimientos que hemos referido, un buque inglés iba á darse á la vela en la rada de Vigo.

En uno de sus más lujosos camarotes estaban Eduardo y Lucila.

Con grandes trabajos y por caminos de bosques y travesías, conocidos solo de los españoles, pudieron escapar de los franceses, llegar á Vigo y acogerse á la bandera inglesa.

El buque empezó á andar y Eduardo exhaló un suspiro de desahogo. ¡Ya estamos libres! murmuró.

Pero ¡Dios mio! dijo Lucila, pasándose las manos por la cabeza, y como si desper-

tase de un sueño. ¿Cómo estoy viva, cuando me creía muerta?

—Querida mia, contestó Eduardo sonrriendo, como te ví tan decidida á matarte y temiendo hicieseis uso del puñal te dí en vez de veneno un poderoso narcótico, para que al tomarlo creyeses morir, y sin embargo quedases viva.

—¿Y si los franceses me hubieran infamado? dijo Lucila estremeciéndose.

Ya te dije una vez y vuelvo á repetirte, que la infamia no está en el cuerpo, sino en el alma, contestó Eduardo con sublime magestad; para mi habrías sido tan pura después de esa desgracia como antes, pero te ví tan resuelta que me fué preciso engañarte.

¡Bendito seas! murmuró Lucila amorosamente, arrojándose en sus brazos.

¿Y mi padre?

Un sombrío plique se dibujó en el semblante de Eduardo, pero tuvo la duración de un segundo.

—En Inglaterra, después que nos haya-

mos casado, se reunirá con nosotros, contestó tranquilamente.

Llegaron á Lóndres sin novedad, y allí se casaron en una capilla católica.

¿Qué fué de Amoeiro y de Milagro?

Tal vez más tarde en otra obra lo digamos, y lo que sucedió en Orense y Ribadavia en lo que quedaba de guerra con los franceses.

Fin de la obra.

Á LA SEÑORA

DOÑA E. FEIJOÓ DE GONZÁLEZ SERRANO

Bajo todos aspectos
Es la obrita presente, inmejorable;
De lectura agradable,
De grande propiedad en los conceptos,
De interés hábilmente sostenido
Y todo contenido,
En el escaso trecho de las planas
Que quiso V. hacer en dos semanas.

———

Y puedo anticiparla
Que ha de ser por el público adquirida
Y con gusto leida;
La fama cuidará de propagarla
Y es seguro que el pueblo de Galicia
Haciendo á V. justicia,
Le dará como premio de su historia
Un lugar preferente en su memoria.

Lugo 26 de Agosto de 1890

Ramón del Puerto y Altuna.